

ladrones y asesinos, y por más que el poeta Zorrilla le llamó un día, sin metáfora, un pueblo imbécil no es seguramente tal: es atento y valiente. Participa de la gravedad de los españoles del Norte y de la vivacidad de los del Mediodía, el justo medio entre el castellano y el andaluz; habla el español con elegancia, con más variedad de acento que el pueblo de Madrid, con menos descuido que el de Córdoba ó Sevilla; ama la poesía y la música, y está orgulloso de haber albergado en su seno al dulce Garcilaso de la Vega, reformador de la poesía española, al ingenioso Francisco de Rojas, autor de «García del Castañar»; como también de haber dado albergue dentro de sus murallas á artistas y sabios de todos los países del mundo que van á estudiar allí la historia de tres pueblos y los monumentos de tres consecutivas civilizaciones.

Peró cualquiera que sea el carácter de su pueblo, Toledo ha muerto: la ciudad de Wamba, Alfonso el Bravo y Padilla no es más que una tumba. Desde que Felipe II le quitó la corona de capital, ha ido de día en día en decadencia, y declina todavía, va quedando destruída poco á poco, sola sobre la cumbre de su triste montaña, como un esqueleto abandonado sobre un islote en medio del mar.

Llegué á la fonda poco después de la media noche, y aunque brillaba la luna, tuve que andar á tientas como un ladrón, porque aun cuando brille la luna, Toledo queda en la sombra, ya que los rayos del astro de plata no penetran hasta sus calles estrechas. Tenía la cabeza llena de baladas fantásticas en las cuales se describen las calles de la ciudad imperial, recorridas de noche por caballeros envueltos en sus anchas capas, que antan al pie de las ventanas de sus bellas, se batan, se matan, escalan los palacios y roban á las doncellas; así me imaginaba que iba á oír el puntear de las guitarras, el ruido de las espadas y los gritos de los moribundos. Pero nada de eso: las calles estaban desiertas y silenciosas y las ven-

lanas oscuras; apenas se oía al revolver de una esquina y en las encrucijadas, algún ligero ruido ó un murmullo fugitivo, cuya procedencia nadie hubiera sido capaz de descubrir. Llegué á la fonda sin haber robado ni una sola dama, lo cual era algo desagradable, pero sin haber nadie abierto un ojal en mi vientre, lo que sin duda no dejaba de ser una consoladora compensación.

*

Al día siguiente por la mañana visité el hermoso edificio del Hospital de la Santa Cruz, la iglesia de «Nuestra Señora del Tránsito», antigua sinagoga, los restos de un anfiteatro y de una nau-maquia romana, y la famosa fábrica de armas, donde compré un hermoso puñal con mango plateado y hoja adamascada, que en este momento tengo sobre la mesa, y que me hace creer cuando le tengo entre las manos con los ojos cerrados, que me encuentro todavía allá, en el patio de la fábrica, á una milla de distancia de Toledo, en medio de un grupo de soldados y de una nube de humo de «cigarritos».

Me acuerdo que, al volver á pie á Toledo, al atravesar un campo solitario como un desierto y mudo como unas catacumbas, una formidable voz me gritó:

—«¡Fuera el extranjero!»

La voz procedía de la ciudad. Me detuve. El extranjero era yo; aquel grito iba dirigido á mí, la sangre se heló en mis venas; la soledad y el silencio de aquel sitio aumentaban mi temor. Anduve más aprisa, y la voz gritó de nuevo:

—«¡Fuera el extranjero!»

—¿Es esto un sueño?—me pregunté á mí mismo deteniéndome.—¿Estoy despierto? ¿Quién es ese que grita? ¿De dónde? ¿Por qué?

Eché á andar, y la voz por tercera vez gritó:

—«¡Fuera el extranjero!»

Detíveme una tercera vez, y como lleno de turbación mirase á mi alrededor, ví un chiquillo tum-

bado á la bartola, que mirándome y riendo me dijo:

—«Es un loco que cree vivir en el tiempo de la guerra de la Independencia. Mire usted; allí está la casa de locos».

Y me enseñó el hospital de locos. Dí un suspiro de alivio, capaz de apagar una antorcha encendida.

Por la tarde salí de Toledo con el disgusto de no haber tenido tiempo de ver y admirar todo lo antiguo y admirable que la ciudad encierra; disgusto que venía atenuado por el ardiente deseo de ver Andalucía, que no me dejaba un instante de reposo. ¡Pero cuánto tiempo tuve á Toledo ante los ojos! ¡Cuánto tiempo ví y volví á ver sus rocas escarpadas, sus enormes murallas, sus calles oscuras, y aquel aspecto fantástico de ciudad de la Edad Media! Todavía hoy me la presento muy á menudo, con cierta tristeza placentera y austera melancolía, y su imagen trae á mi espíritu mil extraños pensamientos de lejanos tiempos y de maravillosos acontecimientos.

VIII

CORDOBA

Llegado á Castillejo, tuve que esperar hasta media noche el paso del tren de Andalucía; comí huevos duros y naranjas, con algunos tragos de Valdepeñas; me recité una poesía de Espronceda; charlé un poco con el carabinero (el cual, entre paréntesis, me hizo su profesión de fe política: Amadeo, libertad, aumento de paga á los carabineros, etc., etc.), hasta que se oyó el suspirado silbido, y entré en un vagón, lleno de mujeres, niños y guardias civiles, cajas, almohadas y mantas. Y salimos con una rapidez no acostumbrada en los ferrocarriles de España.

La noche era hermosa. Mis compañeros de viaje hablaban de toros y de carlistas; una hermosa joven, que más de cuatro devoraban con los ojos, fingía estar durmiendo para dejar admirar á las gentes una muestra de sus actitudes nocturnas; uno liaba «cigarritos», otro mondaba naranjas, otro tarareaba un aire de «zarzuela». Quedéme dormido á los pocos minutos. Creo que estaba soñando con la mezquita de Córdoba y el Alcázar de Sevilla, cuando me despertó una voz ronca que gritaba:

—¡Puñales!

—¿Puñales? ¿Cómo? ¿Para quién?

Y antes de que viera al que había gritado, una